

¿Quién cuida a quienes cuidamos?

En el sistema educativo, con frecuencia se enfatiza el bienestar estudiantil. Y, al ser el estudiante el centro del proceso de enseñanza-aprendizaje, es coherente que así sea. Nadie con vocación cuestionaría la importancia de proteger sus derechos y de empatizar con sus emociones y/o problemas. Pero, mientras repetimos con justa razón que la escuela debe ser un espacio de cuidado, constantemente me pregunto ¿quién cuida a quienes cuidamos?

Trabajar con seres humanos en formación no es una tarea neutra ni mecánica, pues detrás de cada contenido enseñado hay docentes que sostienen angustias, miradas tristes, trastornos; que reciben el peso de frustraciones ajenas, e incluso faltas de respeto; y que aun así deben seguir enseñando con serenidad, sin dejarse afectar, ya que esto refleja su nivel de profesionalismo. Sin embargo, no por ello se debería omitir que el cuidador es también un ser humano.

No se trata de enfrentar el bienestar del estudiante con el del docente: ese sería un error. Se trata de reconocer que una institución educativa no puede hablar de bienestar si solo mira a uno de sus actores y naturaliza el desgaste de otro. Un docen-

te agotado, herido o amenazado difícilmente puede propiciar un espacio significativo para aprender. Cuidar al estudiante también implica cuidar a quien lo acompaña día a día.

Reconozco que, así como hay casos gravísimos de profesores que dañan a menores y que evidentemente deben ser juzgados con todo el peso de la ley, en Ecuador y en otros países de América Latina también se han visto múltiples casos de violencia contra docentes; los más lamentables han cobrado vidas.

Por ello, resulta fundamental velar por el bienestar, tanto de docentes como de estudiantes, de manera equilibrada y justa, pensando en la escuela como un lugar seguro para cualquier miembro de la comunidad.

Hay docentes que lloran en silencio por las injusticias propias del sistema educativo, pues parece que se les mira más desde la sospecha que desde el acompa-

ñamiento. Y mientras eso ocurre, ¿qué se hace por los docentes que sí cuidan, que sí escuchan, que sí protegen emocionalmente a sus estudiantes? ¿Qué se hace por los que siguen trabajando desde del cansancio o la frustración?

Por eso pienso que, con el amparo de políticas públicas que dignifiquen esta noble profesión, se podría pensar en una Unidad de Bienestar Integral Docente (UBID). Un espacio permanente, preventivo y articulado, con salud ocupacional cubierto por el Estado o por la institución, encaminado a acompañar psicológicamente y de manera periódica a los maestros.

No como un beneficio extra, sino como una garantía, coherente con la naturaleza de una profesión que trabaja con seres humanos en formación.

No basta con pedir resiliencia o aplaudir el “sacrificio”; hace falta sostener a quienes sostienen. Si la escuela quiere ser un verdadero lugar de bienestar, entonces debe empezar por reconocer que el docente también siente, se desgasta, merece cuidado.

Cuidar al docente es quizá una de las maneras de cuidar también a quienes aprenden.



Un docente agotado, herido o amenazado difícilmente puede propiciar un espacio significativo para aprender. Cuidar al estudiante también implica cuidar a quien lo acompaña día a día.